



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

NUESTROS NOVELISTAS

ENRIQUE PÉREZ ESCRICH



Int. de Brubio, Pescayano 14 y Madera 8, Madrid.

Célebre autor que ha cambiado el tintero por el cinto, y que vive dedicado á las perdices de Pinto.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Sinesio Delgado.—Perros y gatos, por José Estremera.—¡Maldito almidón!, por Juana Pérez Zúñiga.—LAS VIRGENES LOCAS. Epilogo. *En donde resulta que el mundo es una jaula*, por Luis Taboada.—A un posma, por José López Silva.—Volver á tiempo, por Emilio Fernández Luis.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Enrique Pérez Escribá.—Gajes del oficio.—Sección de noticias.—La conciencia, por Cilla.



Ha habido desórdenes en la Coruña.

Aquí pasamos dos ó tres días en la más cruel de las ansiedades porque, gracias á las precauciones que son de rigor en tales casos, no se conocía la importancia del motín ni la trascendencia del movimiento.

Tal idea tenemos formada de los gallegos los mortales sin almadreñas, que nos parecía de todo punto imposible que la noticia tuviera visos de verdad.

Hubiéramos dicho que Barcelona estaba sobre las armas, que Cádiz había roto á gritar cualquier palabra subversiva ó que Cartagena estaba ardiendo, y lo hubiéramos creído inmediatamente y á pie juntillas.

¡Pero Coruña? ¡No puede ser que se subleve Coruña! Es tradicional el carácter pacífico de sus habitantes, probada su docilidad é inagotable su bondad de corazón. ¡Era preciso un cataclismo para que se alterase el orden en aquellas bienaventuradas regiones del pote y las panojas!

Así es que las gentes se miraban con asombro, y el que más y el que menos no durmió tranquilo hasta salir de la duda.

No ha habido una sola persona que, al enterarse de lo que ocurría, no haya exclamado ¡ah! con extrañeza; asombro que hace el elogio de los coruñeses.

Taboada, que no es coruñés precisamente, pero le falta poco, ha sentido hervir en las venas la sangre, con ese entusiasmo propio sólo del que se siente con bríos para defender la honra de su patria, y ha costado grandísimo trabajo reducirle á los límites de la prudencia bien entendida.

Al enterarse de la situación de sus paisanos, arrojó valientemente al suelo el hongo y los lentes, signo seguro de indignación sacrosanta, y prorrumpiendo en un ¡viva Betanzos! que nos dejó secos, trató de huir de entre nuestros brazos amorosos y tomar un simón y un fusil para ir á la estación y defender la integridad del territorio respectivamente.

¡Estaba hermoso y terrible en aquel momento!

Por fortuna se calmaron los ánimos, supose de cierto lo ocurrido, y aunque la población ha sido declarada en estado de guerra, ya sabemos á qué atenernos. No ha habido, pues, necesidad de que el habitual cronista del MADRID CÓMICO vierta su sangre generosa.

Es decir, que nos hemos salvado en una tabla.

* * *

Lara y Eslava han inaugurado la campaña teatral bajo excelentes auspicios.

El primero ha estrenado unas puertecitas de madera de tilo, según dicen los periódicos, que son una maravilla de elegancia y buen gusto. Zamacois, que ha vuelto de América, como los indios de la fábula, cargado de onzas y brillantes, obtuvo en su presentación un triunfo completo. ¡Como que tiene un talento que no le cabe en la cabeza, y es, sin disputa, el mejor actor cómico de España, dicho sea sin ofender á nadie!

Eslava también ha estrenado compañía. Allí están este año los Sres. Mesejo y las Srtas. Pastor, tan guapas como siempre y capaces, no digo yo de salvar un teatro, sino de salvar un alma, que es más peliagudo todavía.

Y advierto á los amables lectores, que los merecidos elogios que acabo de tributar á estos dos teatros son completamente desinteresados.

¡Como que á estas horas tengo una obra en cada uno!

Veremos si después de los respectivos estrenos tengo que acordarme con amargura de la belleza de las señoritas Pastor y de la elegancia de la madera de tilo.

* * *

Ya andan por ahí varios jóvenes de la grandeza con el rostro curtido por la brisa del mar y el aspecto interesante del que ha viajado mucho y se siente, además, cansado de los placeres mundanos.

Los infelices que hemos pasado la pena negra bajo este cielo puro de Madrid, los miramos con envidia mal disimulada... Pero hay que tener mucho cuidado en esto de envidiar á las personas, porque á lo mejor se confunde uno y toma por afortunado *tourista* á cualquier muchacho de pueblo que viene á sufrir exámenes de ingreso en la escuela de caminos.

Casi todos los que regresan de la expedición se deshacen en elogios del país en que han vivido, de las diversiones de que han disfrutado y de lo mucho que se engorda al aire libre.

—¿Usted no ha salido este verano?

—No, señor.

—Pues entonces no sabe V. lo que es bueno. Yo también era de los desdichados que se quedan, pero ahora que he visto las ventajas del cambio de clima, crea V. que estoy deseando que llegue el otro Junio para tomar las de Villadiego.

—¿Ha estado V. en San Sebastián?

—No, señor, hombre; ¿no oye V. que he estado en Villadiego? Es de allí mi señora, ¡Qué aires, qué aguas!

—¿Los de la señora?

—No, hombre, no; los de Villadiego.

* * *

Ayer llegó D. Nicolás Calabaza. No lo saben VV. porque, con el trajín de los equipajes y el arreglo de la casa, no ha tenido tiempo de ir á que lo anuncien en *La Correspondencia*. Pero ya lo verán VV. un día de estos; ¡antes faltaría el sol que dejar él de proporcionarse ese gusto!

Ha venido muy rollizo y muy hermoso y se marchó hecho una espátula; su mujer, que era guapa antes, ahora está que hay que comérsela....

En fin, que el viaje les ha sentado perfectamente; á la señora, sobre todo.

Verdad es que, como ella dice, en este Madrid se aburre una metida siempre en la tienda y sin que nadie se fije en una, y por esos trigos de Dios, nunca faltan obsequios y tal cual galanteo sin consecuencias...

Ha habido un caballero, ¡ay hijal! que no la ha dejado á sol ni á sombra. Empezó por hacerse amigo de Calabaza y acabó por acompañar al matrimonio á todas partes. Claro es que debía llevar malas intenciones, porque, de lo contrario, se hubiera aburrido soberanamente; pero el bueno de Nicolás, ¡ay hijal! es un ogro, materialmente un ogro; y si la cosa llega á pasar adelante, hace una barbaridad y se queda tan fresco. Por eso no hay cuidado...

Calabaza viene muy satisfecho de su mujer y haciéndose lenguas de su compañero de expedición. Dice que es muy capaz de escribirle para que no les deje solos durante la temporada próxima...

¡Es mucho arrojo el de Calabaza!

* * *

Y aquí hago punto, rogando á VV. que perdonen las faltas de ortografía.

SINESIO DELGADO.

 PERROS Y GATOS

I

Eran Pilar y Vicente
él guapo y ella un primor,

y se juraron amor
eterno, puro y ardiente.

Estaba contenta toda la familia de la bella, y el novio pactó con ella que fuera pronto la boda.

Tocaban el pacto á su fin; mas se halló un inconveniente, que era el de tener Vicente un magnífico mastín

que fué compañero fiel de toda su juventud, y su amo, por gratitud, no se separaba de él.

Esto causaba estorsión, porque la novia tenía una gata á quien quería con todo su corazón.

Era una cosa evidente que no podría habitar la gatita de Pilar donde el perro de Vicente.

II

—Mujer, no seas ingrata.

—Yo á mi capricho me aferro.

—Pues yo no dejo á mi perro.

—Pues yo no dejo á mi gata.

—Eso le ocurre á ti sola: porque ¿quién ha visto, quién, dejar á un hombre de bien por una gata de Angola?

—Pues aún es mayor tu yerro; pues quieres que haya un viviente que en casa continuamente me ponga cara de perro.

—Y aún de ingrata se me tilda ¡qué injusticial!

—¡Es mucho afán!

—Manda á la calle á Sultán.

—Regala tú á Zapaquilda.

.....
—Todo acabó entre los dos.

—Sí, señor, acabó todo.

—¿No cedés?

—De ningún modo.

—Adiós para siempre.

—Adiós.

—Adiós, fiera.

—Adiós, infiel.

—¡Y yo te amaba!

—Sí, ¡mucho!

Oye, llévate á tu chuchito y vive feliz con él.

—Yo sabré hacer que no dude de mi cariño.

—¡Bonita despedida!

—A tu gatita

le das un caldo y que sude.

III

Así pensaba el doncel:

—No puedo vivir sin ella.—

Así pensaba la bella:

—No puedo vivir sin él.

Carta de ella: «Dueño mío, ya no sosiego un momento; á ti va mi pensamiento como va el arroyo al río.

No me tacharás de ingrata al ver mi constante afán. Trae si quieres á Sultán aunque riña con mi gata.»

IV

Ahora Pilar y Vicente, tras los disgustos pasado hace ya que están casados dos años próximamente.

Y entre celos y arrebatos y entre gruñir y gritar viven Vicente y Pilar hoy como perros y gatos.

Y ha llegado á suceder que entre tanta zaragata viven el perro y la gata como marido y mujer.

JOSÉ ESTREMERÁ.

¡MALDITO ALMIDÓN!

A MI PLANCHADORA ASUNCIÓN TENACILLAS

Es necesario, Asunción, si es verdad que tú me estimas, que por completo suprimas el uso del almidón;

pues aunque digan bobadas y me pongan como nuevo los que vean que no llevo camisas almidonadas, el ir cómodo es mi afán, y tan duras no las quiero; porque parecen de acero y no de madapolán.

A mis años ya me arredra y es mi desesperación llevar cuellos de latón y puños de cartón-piedra.

¡Sufro tantas desazones si de camisa me mudo!...

¡Ay! ¡No sabes lo que sudo para echarme los botones!

Adán, hecho de la nada, ¡qué dichoso viviría sin llevar un solo día la camisa almidonada!

No hay ninguna diversión como vestirse con prisa y ponerse una camisa que está llena de almidón.

La operación no es ligera; y si el cuello es de los altos, me le pongo dando saltos

y estrujando la pechera. Echo cuatro maldiciones de las mías especiales, dejo viudos tres ojales que se quedan sin botones; después mi cuello desuello poniendo su cutis rojo; ¡cuántos pellizcos me cojo hasta que me abrocho el cuello!...

En fin; hecho un basilisco, con la carne destrozada, la camisa estropeada y las uñas hechas cisco,

concluyo triste de mí tan lucida operación maldiciendo el almidón y bufando contra ti.

Conque... basta de tormento, porque bastante he sufrido luchando á brazo partido con tan estúpido invento.

Mas si mi queja, Asunción, tu pecho no ha impresionado y no das por terminado el uso del almidón,

no me vuelvas á planchar y vete á martirizar á otros pobres infelices,

¡¡ó almidona tus narices si te gusta almidonar!!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

LAS VÍRGENES LOCAS

EPÍLOGO

En donde resulta que el mundo es una jaula

—Sí, amigo mío—me decía Sinesio la otra tarde;—Eduardo, el pobre Eduardo...

—¿Qué?

—Está loco.

—¡Loco!—exclamé yo ocultando el rostro entre las manos.

—Va V. á saber cosas horribles.

Acerqué mi silla á la butaca en que se había sentado Sinesio, saqué un cigarrillo del estanco, y después de cambiarle el papel para evitar una intoxicación, me dispuse á no perder sílaba.

—Eduardo—siguió diciendo mi amigo—ha sido víctima del infame Quintana. Este hombre funesto logró introducirse en el domicilio del popular escritor, pretextando que iba á venderle papeletas de una rifa. Como Eduardo es candoroso de suyo, creyó en las palabras del antiguo cómico y derramó lágrimas de ternura al oírle referir sus cuitas. Compró unas cuantas papeletas y abrazó conmovido á Quintana. Aquel abrazo era un crimen, porque Quintana posee un específico que produce la locura, y basta humedecer con él ligeramente el cuello de un hombre para que éste pierda la razón...

—¡Qué infamia!—murmuré revolviéndome en la silla como un condenado.

—Al abrazar á Eduardo, Quintana posó la mano derecha sobre el cogote de su víctima. Eduardo lanzó entonces una carajada histérica... ¡Estaba loco!

Palidecí; después dije:

—Pero...

—Comprendo su sorpresa—siguió diciendo Sinesio.—¿No adivina V. el móvil que ha guiado la mano del infame cómico? Pues voy á satisfacer su curiosidad. LAS VÍRGENES LOCAS no es una creación de la acalorada mente; no es un cuento inverosímil; es una terrible, pero verídica, relación de hechos que se desarrollan á nuestro alrededor. Eduardo debía descubrir el misterio en el capítulo encomendado á su bien cortada pluma, pero Quintana supo evitarlo, extraviando la razón de nuestro pobre amigo y obligándole á decir que LAS VÍRGENES LOCAS es la obra de un demente.

—¿De modo que?...

—Todo es exacto, rigurosamente exacto. Elena existe, Octavio existe, Peláez existe... Oiga V. y tiembale:

Y Sinesio, después de apoyar los codos en la mesa, ante la cual se sentó, no sin limpiarle antes el polvo con una poesía que acababa de recibir de provincias, habló así:

—Quintana, el terrible Quintana, creyendo muerto á D. Salustio Durante, se apoderó de su fortuna y de su nombre, y vino á Madrid, donde vivió en plena felicidad durante algunos años.

Más de una vez había pensado librarse por medio del veneno de aquellas dos jóvenes que con su extraña locura turbaban la paz de su existencia, pero tenía miedo á la justicia y prefirió que los sucesos las empujaran á un funesto desenlace. Casó á Elena con Quiñones, porque sabía que éste era un hombre cruel é iracundo, y confiaba en que con el tiempo le diese un golpe y la dejaría en el sitio. Respecto de Carmela, había concebido un plan espantable: hacerla creer que él era Nuestro Señor Jesucristo, y cuando estuviese más descuidada, retorcerle el cuello; después haría creer á los vecinos que la desgraciada loca se había suicidado en un acceso de misticismo disculpable en su edad.

Pero hay Providencia.

Cierta noche en que Elena reposaba dulcemente en un banco del jardín, sintió que las ramas se agitaban y vió deslizarse una sombra por entre las enredaderas del cenador.

—Es *Psiquis*—murmuró la Venus Urania.

Psiquis era el nombre del perro favorito de Quintana, un hermoso animal traído de la China expresamente para uso del antiguo cómico.

Elena iba á incorporarse y á llamar al perro, pero el perro era su padre.

O hablando con más propiedad. No era un perro el que movía las ramas del jardín. Era el hombre de las gafas.

—Silencio—dijo el hombre.

—Socor...—gritó Elena.

Pero el hombre de las gafas detuvo con un gesto de suprema ternura la exclamación de Elena y habló así:

—Soy Salustio Durante. Soy el autor de tus días; soy el verdadero Salustio.

Entonces refirió á Elena cómo había sido salvado milagrosamente por unos rusos que, después de extraerle del fondo del torrente, le habían pagado el viaje hasta Barcelona, prestándole una piel de oso para que cubriese sus carnes.

En Barcelona había vivido del sable algunos años. En cuanto veía un hombre con cara apacible, ya estaba él pidiéndole un duro ó dos, según fuese la cara. Después una feliz casualidad le había hecho saber que en Madrid vivía un Salustio Durante falsificado, y entonces lo comprendió todo. Vino á Madrid; buscó á Peláez, antiguo amigo suyo, para que le ayudase á descubrir al criminal, y tuvo la suerte de encontrarlo; pero no era cosa de arrojarle sobre él como un insensato y llevarle cogido por el

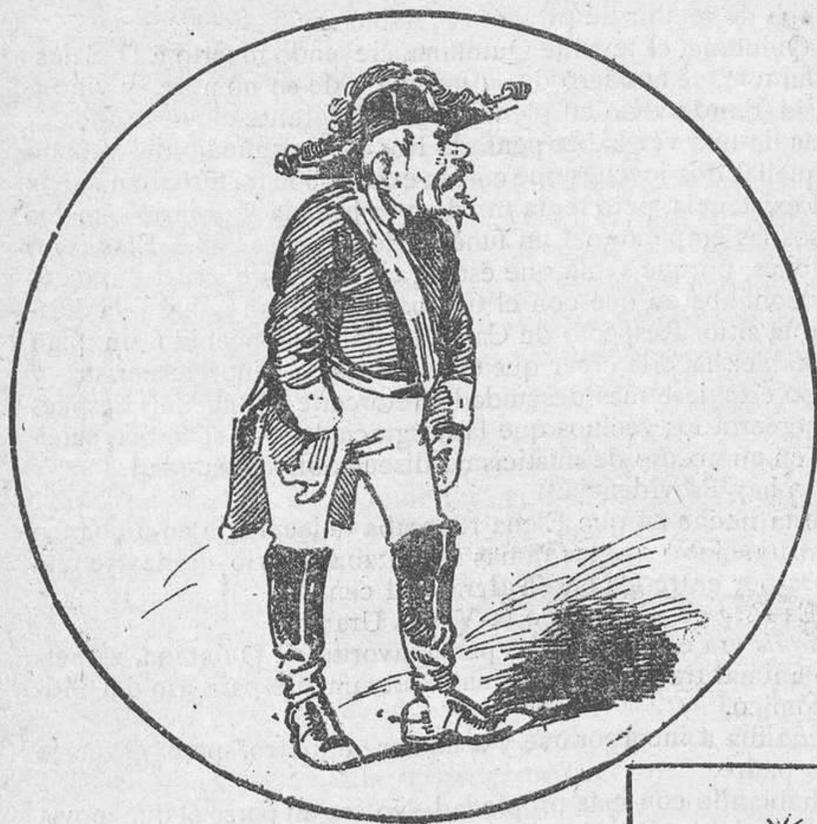
SECCION DE NOTICIAS



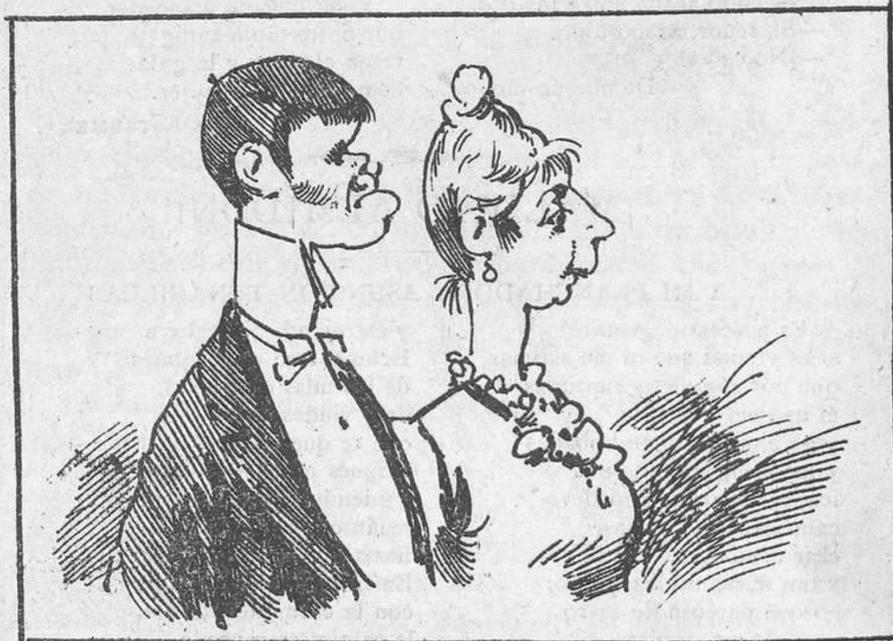
Han desaparecido dos caballerías mayores de la casa de labor de D. Federico García. Los ladrones no han sido habidos.



Según de público se decía en el lugar de la ocurrencia, la disputa tuvo lugar por cuestión de intereses. No se han podido identificar las cabezas.



El bizarro General D. E. M. ha sido agraciado con la gran cruz laureada de San Fernando, por méritos de guerra.



Ayer se celebró el matrimonio de nuestro simpático amigo don Fulano de Tal con la bella y distinguida señorita D.^a Mengana de Cual. Deseamos á los recién casados una eterna luna de miel.

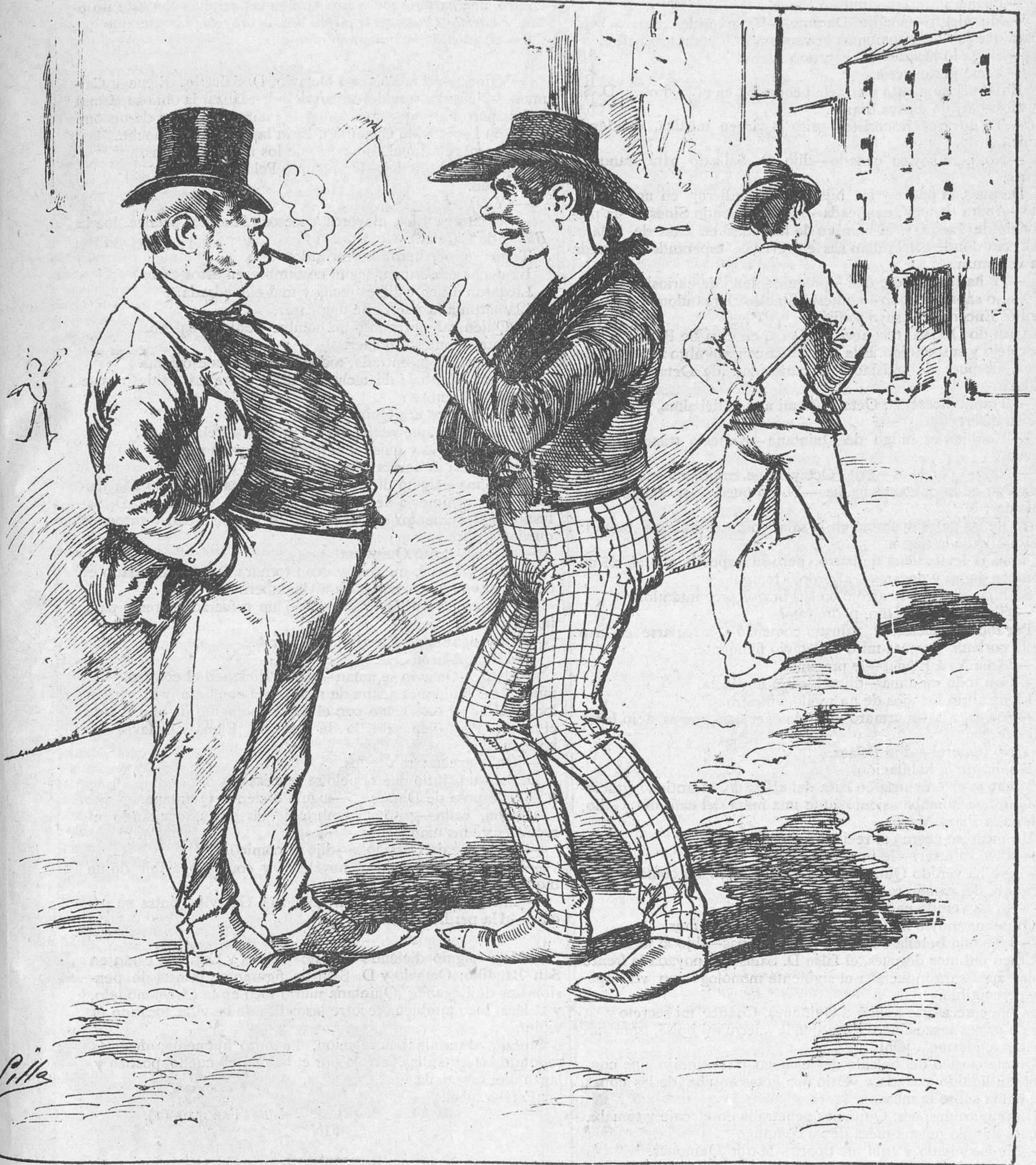


Bolsín.—Baja: dos enteros.



Hemos tenido ocasión de ver el magnífico retrato de la Duquesa de ***, que está terminando un célebre maestro de la pintura. Para encomiar la belleza de la obra, baste decir que el parecido es admirable.

QUIEBRAS DEL OFICIO



—Digasté, compare, ¿y de qué le sirve á uno tener mano izquierda, si luego el bicho sale con muchísimo sentío común y le mete á uno el pitón por la erecha?

cuello ante el juez de guardia. Esperó y compró un billete entero de la lotería. El billete salió premiado.

Elena lloraba.

El verdadero Durante lloraba también.

—¿Y Carmela? ¿Cómo sigue?—preguntó el padre.

—Buena, gracias—contestó Elena.

—Me alegro—añadió Durante.—He querido veros á solas para que juntos preparemos la venganza. Soy vuestro padre.

—Sí; ya lo has dicho—contestó Elena.

—Y me pertenecéis.

En aquel momento Carmela penetraba en el jardín, y D. Salustio se arrojó en sus brazos.

—Tú no eres Jesucristo—gritó la virgen mística, queriendo huir.

—No, pero soy su cuñado—dijo D. Salustio para tranquilizarla.

Después, el padre y las hijas se confundieron en un abrazo.

—Ahora tiene V. explicada—siguió diciendo Sinesio—la presencia de Elena y el hombre de las gafas en casa de Peláez. Allí era donde celebraban sus entrevistas, esperando el día de la venganza.

—¿Y ha llegado ese día?—pregunté lleno de curiosidad.

—Lo sabrá V. todo—contestó Sinesio alargándome un cigarrillo. Encendió el suyo y dijo:

Cuando Octavio reconoció á Elena, en casa de Peláez, quedó perplejo y suspendido. Ella le miraba con asombro también. Peláez, después de satisfacer la curiosidad de Octavio, dijo á Elena:

—Tranquílese V.; Octavio es mi amigo del alma, y respondo de su discreción.

—También es amigo de Quintana—contestó tristemente la joven.

—No, no por Dios—gritó Octavio que empezaba á comprender algo de lo que allí sucedía.—Yo no puedo ser amigo de un infame.

El de las gafas apareció en la sala como si hubiese brotado del fondo de la tierra.

Traía la levita llena de barro, pero su aspecto era el de un hombre digno y decoroso, al propio tiempo.

Su hija, al verle, se arrojó en sus brazos preguntándole:

—¿Te has hecho daño, padre mío?

Por toda respuesta, D. Salustio comenzó á arreglarse el lazo de la corbata; después miró á Octavio fijamente.

—¿Ama V. á Elena?—le preguntó.

—Con toda mi alma—dijo el joven novelista.

Elena abrió los ojos de un modo siniestro.

—Soy casada—murmuró dejando caer los brazos á lo largo del cuerpo.

—No importa—dijo Peláez.

Y salió de la habitación.

Mientras esto ocurría en casa del abogado, el antiguo gracioso Quintana tomaba asiento ante una mesa del café del Gallo, sito en la Plaza Mayor.

Un mozo se acercó al recién llegado.

—¿Qué va á ser?—le preguntó.

—¿No ha venido Quiñones?—dijo el cómico sin contestar á la pregunta del camarero.

—No ha venido nadie.

Quintana movió la cabeza en señal de mal humor.

—Trae una botella de cerveza y dos copas—dijo al mozo.

Cinco minutos después, el falso D. Salustio, apoyada la frente en las manos, pronunciaba el siguiente monólogo con voz apenas perceptible:

—Sí, es necesario anular á Quiñones. Conoce mi secreto y su sed de oro es insaciable. El día que le cierre mi bolsa, será capaz de venderme... ¡Oh!

Quintana sacó del bolsillo del chaleco un frasquito que contenía un líquido azulado y vertió dos gotas en una de las copas que había sobre la mesa.

Un minuto después, Quiñones penetraba en el café y tomaba asiento ante la misma mesa de su cómplice.

—Me has citado y aquí me tienes—le dijo Quiñones.

Quintana llenó de cerveza las dos copas y presentó una de ellas al recién llegado.

—Bebamos antes—dijo alegremente.

Quiñones apuró de un trago el contenido de la copa.

—Es necesario que sepas—siguió diciendo Quintana con cierta sonrisa de triunfo—que mi fortuna ha decrecido lastimosamente. La última jugada de bolsa me ha costado algunos miles de duros...

Quiñones, con la mirada fija en el techo, parecía no escuchar las palabras de su amigo. Éste continuaba sonriendo como un condenado alegre. De pronto, Quiñones lanzó una carcajada. ¡Estaba loco!

—El líquido ha hecho su efecto—murmuró Quintana. Después cogió á Quiñones del brazo y salió con él á la calle. Al día siguiente los periódicos publicaban la siguiente noticia: «Anoche se arrojó por el viaducto de la calle de Segovia un sujeto decentemente vestido. En el bolsillo de la levita se le encontró una cartera que contenía algunas tarjetas con este nombre: *Evaristo Quiñones, capitán de Caballería*. Créese que padecía accesos de enajenación mental.»

—Vamos—decía Peláez á Octavio, D. Salustio, Elena y Carmela.—Nuestros servidores han debido realizar la obra suprema.

Los personajes que acabamos de citar se apearon de un ómnibus en la plaza de Chamberí. Eran las doce de la noche.

Un hombre salió al encuentro de los recién llegados.

—¿Está hecho todo?—le preguntó Peláez.

—Todo.

—¿Y él?

—Se entrega á los mayores excesos. Muerde, patalea, lee la *Biblia* de Carulla...

Todos retrocedieron horrorizados.

La noche era oscura, según costumbre en estos casos.

Llegaron á una calle estrecha y mal empedrada.

Llamaron á la puerta de una casa.

—¿Quién va?—preguntó un hombre desde el balcón.

—Abre—contestó Peláez.

Y franqueada la entrada, todos subieron las escaleras.

En una sala, baja de techo, tendido sobre los baldosines se hallaba un hombre.

Aquel hombre era Quintana.

—¿Sabes á lo que venimos?—le preguntó Peláez.

Quintana rugió y quiso incorporarse, pero no pudo.

Una camisa de fuerza le aprisionaba los músculos.

—Mañana—siguió diciendo Peláez—serás entregado á la justicia. Hoy venimos á decirte: «Arrepiéntete, devuelve á D. Salustio los documentos que acreditan su personalidad y entonces quedarás libre.»

—¡Jamás!—gritó Quintana.

Octavio y Elena, mirándose con ternura, habían olvidado el triste motivo que les conducía á Chamberí.

De pronto, el antiguo cómico hizo un esfuerzo supremo para incorporarse.

—Mi venganza será terrible—exclamó.

Todos temblaron.

—Elena y Octavio se aman—siguió diciendo el cómico.—La muerte de Quiñones acaba de resolver el conflicto, y la virgen loca y el novelista sueñan con el dulce momento de unirse ante el altar... Pues bien, sabedlo de una vez: ¡Elena y Octavio son hermanos!

—¡Oh!—exclamaron todos.

D. Salustio sintió que el pelo se le erizaba.

—La esposa de Durante...—siguió diciendo Quintana.

—Calla, calla—gritó el hombre de las gafas, ocultando el rostro entre las manos.

—La madre de Octavio...—dijo el cómico.

—No prosigas—rugió el novelista, y comenzó á reír de un modo extraño.

—¡Infeliz!—dijo Peláez, estrechando á Octavio contra su pecho.—¡Ha perdido la razón!

—Hoy—siguió diciendo Sinesio—Elena y Carmela están en San Baudilio; Octavio y D. Salustio figuran en la lista de pensionistas de Leganés; Quintana murió loco en la cárcel-modelo, y Peláez, loco también, recorre las calles de la villa tocando el violín.

Sinesio, al terminar su relación, me miró fijamente; después se quitó las zapatillas, arrojó por el balcón el cuello postizo y lanzó una carcajada...

¡¡Estaba loco!!

LUIS TABOADA (I).

FIN

Á UN POSMA

Demostrando una vez más
que en punto á desfachatez
no hay quien te aventaje, Blas,
hoy me escribes otra vez
desde el pueblo donde estás,

consultándome el proyecto
de cierta cosa en un acto,
según dices «con objeto
de que yo diga *ipso facto*
si le encuentro algún defecto.»

(I) En este momento acaba de volverse loco el Sr. Taboada.

N. DE LA R.

Y como me tienes frito
con tus consultas estultas,
hoy voy á ver si te quito
ese maldito prurito
que tienes de hacer consultas.

Ya sabes perfectamente
que siempre que pretendiste
mi opinión incompetente
con tu gusto te saliste;
pero en la ocasión presente
desoigo tu pretensión,
y aunque es cosa lisa y llana,
no te digo mi opinión
por la sencilla razón
de que no me da la gana.

Puesto que en mil ocasiones
al ver tus composiciones,
que nunca debí juzgártelas,
te quité las ilusiones,
ó mejor, quise quitártelas,
y aún no ves que desatinas
ni adviertes que me encorras
y sigues con tus pamplinas
dándome cien sofoquinas,
terribles á todas horas,
maldigo tu pesadez,
escritorzuelo en agraz,
y renuncio á ser tu juez
para ver si de una vez
me dejas vivir en paz.

No obstante, aunque convencido
estoy de que aún no ha nacido
mortal que á ti te convenza,
porque no tienes vergüenza
ni nunca la has conocido,
con los mejores deseos
te aconsejo por tu bien,
sin ambages ni rodeos,
que te dejes de floeos
por sicmpre jamás, amén.

¿No ves con desilusión
que en premio á tu inspiración
la gente, con muy buen fin,
te llama calabacín,
en lo cual tiene razón?

¿Entonces, por qué deliras?
¿Y á qué demonios aspiras
con tamaña chifladura?
¿Y por qué no te retiras,
desdichada criatura?

¿O te imaginas quizás
que con tesón llegarás
á la altura que has soñado?
¿Que sí? Pues estás errado.
¡Pero muy errado, Blas!...

Si no dejas tu tesón
y haces versos al tun-tun
sin tener disposición,
siempre serás un atún
con chaquet y pantalón.

J. LÓPEZ SILVA.

VOLVER Á TIEMPO

I

Era una noche sombría;
en el espacio flotaban
esos densos nubarrones
que la tempestad presagian.
A lo lejos, de un convento
se oyen doblar las campanas,
que al aire lanzan gemidos
con sus lenguas bronceadas,
cual si elevasen al cielo
alguna humilde plegaria.
Todo se hallaba sumido
en la más profunda calma,
cuando de pronto, con furia
el huracán se desata;
rasga el rayo las tinieblas
que el horizonte ocultaban;
los oscuros nubarrones
sobre la tierra descargan,
y el trueno, con voz potente,
resuena allá en las montañas,
mientras la luna en su manto
oculta su faz de plata,
asustada de la lucha
que en el espacio se traba;
¡que nunca gustó la luna
de presenciar tales danzas!

II

Del convento (donde dije
que doblaban las campanas),
en una modesta celda
por tenue luz alumbrada,

con ademán misterioso
un escrito repasaban
un grave fraile agustino
de lengua y poblada barba,
y un apuesto caballero
de noble y altiva facha.
Largo rato mantuvieron
la vista fija en la carta,
y á medida que leían
sus semblantes se animaban,
hasta que por fin, movidos
tal vez, por la misma causa,
el fraile y el caballero
cruzaron una mirada,
y un signo de inteligencia
los dos personajes cambian.
Levantóse el caballero,
requirió luego la capa,
y embozándose salió
con sigilo de la estancia,
caminando, receloso
de que alguno le observara,
hacia una puerta secreta
que al campo salida daba.
Mientras tanto, sus lamentos
redoblaban las campanas,
los truenos se repetían
y la lluvia continuaba...

.....
Y al ver esto el embozado,
interrumpiendo su marcha,
volvió á la celda del fraile
á demandarle... un paraguas.

EMILIO FERNÁNDEZ LUIS.



Debo hacer una advertencia importante á los señores que nos favorecen remitiendo trabajos con destino al periódico. Y es la siguiente:

Esperan turno de inserción sesenta y siete composiciones, sin contar las de la casa, que son otras tantas próximamente, y como no se pueden publicar más de una ó dos en cada número, resulta que pasan meses sin que los interesados vean su firma.

De aquí resultan quejas justísimas que nos es imposible atender. Y lo malo es que no veo el remedio si VV. no ponen algo de su parte.

Es decir, que yo me encargaría de arreglar esto si suspendie-

ran VV. el envío de originales, por lo menos hasta fin de año, época en que tendríamos algo más desahogado el turno.

¿Quiéren ustedes?



Lo manso que es don Severo
no se dice en veinte tomos;
compró guantes de cordero
y exclamaba lastimero:
¡Válgame Dios! ¡lo que somos!



En la semana que termina no han llegado á su destino dos paquetes del MADRID COMICO, uno de ellos con setenta ejemplares.

¡Y estas son palabras mayores!

¡Lo que es la afición á la lectura! Hay empleadito de esos que es capaz de echarse al cuerpo setenta veces el mismo número! Si los pagaran, era cosa de agradecerse.



Leo en *El Imparcial* que D. Miguel Morayta ha descubierto en los altos Pirineos una raza de enanos, que, además de enanos, son imbéciles por naturaleza.

No se me ocurre ningún comentario á la noticia, pero la doy para que se enteren VV. del descubrimiento.

Y no se rían VV. de las personas mayores que se encuentren por ahí atacadas del mismo defecto de imbecilidad. Porque acaso procedan de los altos Pirineos.



Han condenado á un prójimo andaluz,
que robó un verderón,
á tres años y pico de prisión
y costas de la fecha hasta la cruz.

Y decía el ladrón:

—¡Me divierto si robo un avestruz!

JULIO GONZÁLEZ.



Hemos recibido el tomo 30 de la *Bibliotheca Demi-monde*, que se titula *El mono sabio* y es debido á la pluma de Ricardo Blasco.

Se revela en todas sus páginas la chispeante gracia del autor, y sirven de salsa apetitosa el diálogo animado y vivo y los chistes de color de cereza, dichos siempre con muchísimo ingenio.

Antes de quince días no queda rastro de la edición.

Ya lo verán VV.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Chupa de domine.—Todavía no me llena.

¿Que por qué? Porque no es buena.

Boabdil.—Podía pasar el oriental, si no fuera porque ya ha hecho orientales todo bicho viviente.

Sr. D. M. T.—Río.—No me gusta el E. V. tafío.

Sr. D. A. G.—Valladolid.—Aquello es muy formal. ¿Pero cuándo sale eso? Yo haré algo, sí, señor.

Sr. D. F. M.—Madrid.—Aparte del asunto, le advierto que cuando un verso acaba en vocal y el siguiente empieza con vocal, el segundo resulta cojo. Y eso se nota más en las seguidillas.

Lira rota.—Sirve, venga la firma.

Sr. D. R. del R.—Madrid.—Es muy conocido el chiste.

Sr. D. L. L.—Sevilla.—Sirve. Espero la firma.

Fogonazo.—Segovia.—Los epigramas son como guindillas materialmente, y lo otro es mediano. He conocido la letra.

Ganimoga y compañía.—Pero es que no se paga más que lo que pide la dirección. Y si es mediano como eso de VV., tampoco.

Esamí.—Además de lo que le dije antes, están todas hechas muy á la ligera. Es preciso no escribir de prisa y corriendo y cuidar un poco la forma.

El Independiente.—¿Que qué me parece? Incorrecto por fuera y excesivamente gastado por dentro.

Sr. D. L. G.—Santoña.—Lo único que tiene es la gracia final y se la sabe todo el mundo de memoria.

Sr. D. A. A.—Madrid.—No es gracioso el equívoco.

Sr. D. A. Ll.—Zaragoza.—Flojitos, y el último, además, es de mal gusto.

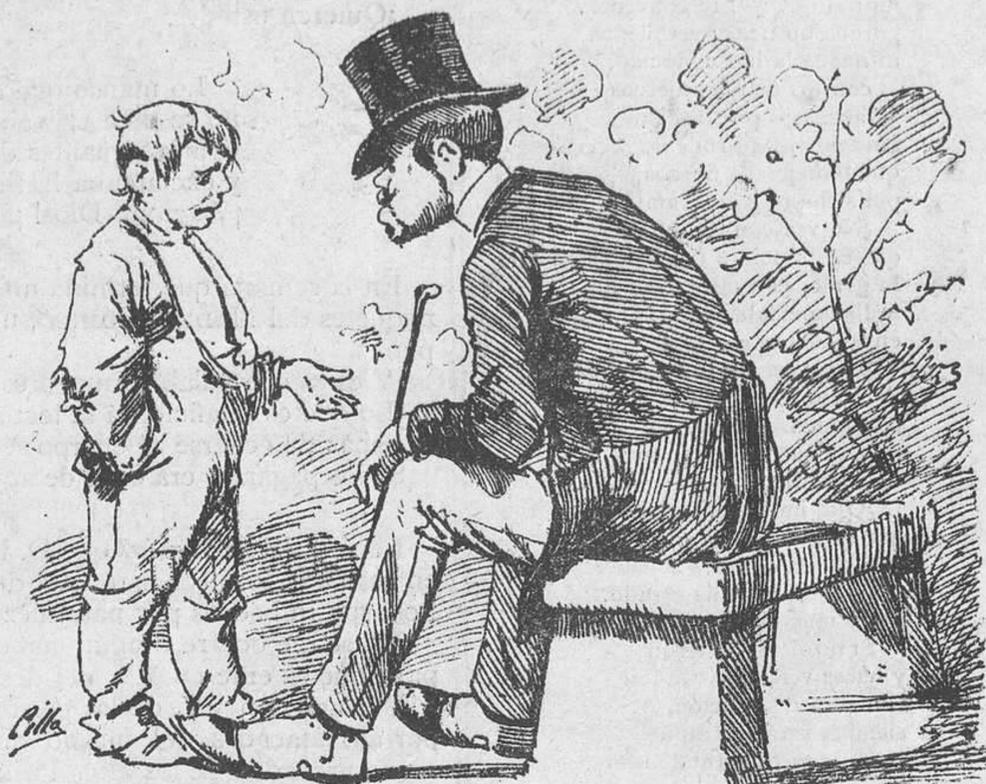
Romari.—No está muy mal, pero es muy larga y un si es no es incorrecta. Ejemplo: boca y copa no se han puesto de acuerdo para ser consonantes.

Plagio.—No tiene chic.

Sr. D. C. S.—Coruña.—¡Pero hombre, si hasta hay versos largos! Como me llegue á faltar un paquete, te estrello.

Racataplán.—¡Hola! ¿Ha copiado V. eso, eh?

Terrones y C.—Muy señores míos: Eso no tiene pizca de gracia.



—Un centimito, señorito, que tengo á mi madre mala.
—Pues, ¿y tu padre?
—Yo no he conocido á mi padre.
—¡Cielos! ¡qué sospechal

ANUNCIOS

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid.—Trimestre, 2'50 pesetas; semestre, 4'50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4'50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscritores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Cervantes, 2, segundo

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO
Teléfono núm. 620

COMPañÍA COLONIAL
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES

ACREDITADOS CAFÉS

26 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

Y PARA SU DIRECTOR

LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS DE 1878

TES.—TAPIOCA.—SAGU

BOMBONES FINOS DE PARÍS

Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20

Sucursal..... Montera, 8

Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

MADRID POLITICO

PERIÓDICO SEMANAL, POLÍTICO, SATÍRICO, ILUSTRADO

Se publica los miércoles

PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 25.

A los corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes.

Los suscritores de provincias pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, certificando la carta en este último caso.

A los corresponsales se les remitirán sus cuentas á fin de mes, y se retirará el paquete á los que no hayan satisfecho su importe antes del 8 del mes siguiente.

Hay colecciones completas y se servirán á todos los que deseen suscribirse desde la fecha de su fundación por los precios marcados.

La correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Ferraz, 40, primero, izquierda
DESPACHO

TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO